

JULIO CÉSAR CANO



CORAZÓN
EN SILENCIO



MAEVA | NOIR

Escenarios de la novela



CUANDO UN CORAZÓN se rompe en pedazos, el silencio que acontece suscita ruido. Despierta cantos de sirena que no seducen, revive conversaciones que fueron marginadas.

El silencio provoca ruido: la página de un libro al pasar, el viento que agita la cortina o la aguja del tocadiscos al llegar a su fin. Hasta su propia onomatopeya emite ruido: «shhh».

El silencio abrume, corrompe al indiscreto, alivia al precavido, proclama certezas y barrunta engaños repentinos.

Llamaron al timbre.

Devolvió el libro a la estantería, cerró la ventana y guardó el disco en su funda.

Fuera estaba el ruido, el medio en el que se desenvolvía bien, el orden que había establecido para sus propios recuerdos. También el precio a pagar por no mantenerse callado.

Sería oro, pero prefería el ritmo.

«Me llaman traidor cuando hablo de la derrota del silencio.»

ODIABA LOS DOMINGOS. Sobre todo por la mañana, cuando, tras obligarme a darme un baño y comprobar que la mugre de detrás de las orejas había desaparecido, mi madre me vestía con aquel traje de color negro que me quedaba demasiado estrecho. Lo había heredado de mi hermano mayor. Menos mal que la niña que nació después no lo podría utilizar. Los pantalones me estrujaban la barriga y me quedaban cortos por los tobillos, pese a que mi madre había sacado todo el dobladillo. La americana me apretaba en las axilas y en los hombros. Abotonarla era una tarea imposible. La camisa blanca, amarillenta por el uso y los lavados continuos, era de mi talla, pero el nudo de la vieja corbata pegada al cuello dejaba a la vista una papada prominente. «Vestido así pareces un cerdo», decía uno de mis pocos amigos. Lo que opinaban aquellos con los que no guardaba tan estrecha amistad es mejor no recordarlo.

Mi padre se había largado de casa el mismo día en que el médico les comunicó que la pequeña Elena había nacido con parálisis cerebral. ¿Para qué estaba Dios allí arriba si no era capaz de curar a la niña? ¿Por qué papá nos pegaba cada vez que volvía a casa? ¿Por qué el párroco se hacía el tonto en cada ocasión en que mamá le pedía ayuda cristiana? Y ¿por qué decía que lo de ella era pecado y, lo de él, cosa de hombres?

Duraría solo una hora, pero me estaba meando y no podía contenerme. Daba pasitos nerviosos adelante y atrás, y a cada uno de ellos recibía un codazo, bien de mi madre, bien de mi hermano. Traté de desabrocharme el pantalón para que se relajara el vientre, pero me quedaba tan estrecho y el ojal era tan pequeño que no

había forma de soltarlo. Al principio, cuando me meé encima, sentí alivio. Instantes después, cuando el pequeño reguero de orina llegó hasta los zapatos rotos de mi hermano y le mojó los calcetines, supe que la había cagado.

El cura seguía impertérrito con su monótono sermón.

¿Qué Dios era aquel que no nos quería?

Lunes, 7 de febrero de 2011

A LAS SEIS en punto de la tarde, el hombre entró en el local y, por alguna razón, casi todos los presentes se volvieron a mirarlo. Las conversaciones se apagaron y solo se oía una popular canción de estilo *reggae* que sonaba en aquel preciso instante: *No Woman No Cry*.

Estaba fuera de lugar, no había que ser demasiado perspicaz para darse cuenta de ello. Su aspecto, a no ser que supiera disimular a la perfección, eliminaba la posibilidad de que se tratara de un miembro de la Policía.

Tan solo había unos pocos hombres vestidos con traje y corbata sobando a mujeres vestidas con ropa provocativa. Olía a perfume empalagoso y a desinfectante. Había una pequeña pista de baile ocupada solo por un viejo que, a pesar de la llegada del extraño, continuaba bailando torpemente con una joven negra. Ella, que sujetaba un vaso de tubo en la mano, iba maquillada en exceso y se había subido la falda hasta los límites de lo racional.

El hombre que acababa de irrumpir en el local introdujo la mano derecha en el bolsillo del holgado abrigo. Extrajo un arma que parecía de juguete, pero que en realidad no lo era. Con los dientes apretados y el ceño fruncido, se dirigió deprisa hasta el viejo que se ceñía lascivamente a su pareja de baile agarrándola del trasero con una mano de dedos gruesos. De un empujón, apartó a la chica y clavó el cañón de la pistola en la panza de su acompañante. El viejo dirigió una mirada incrédula al lugar exacto donde le presionaba el metal. No dio tiempo a ningún otro gesto, ninguna palabra, tampoco intento alguno por defenderse. La detonación fue seguida de un violento esparcimiento de sangre y vísceras por el suelo de la pista de

baile y los sillones cercanos; hasta la bola de espejos que pendía del techo quedó impregnada con los restos del pervertido. Un chorro de sangre encarnada brotaba de su vientre como un pequeño surtidor. El viejo hizo un par de movimientos convulsos con las piernas y los brazos, una sacudida desesperada que cesó de golpe para dar paso a la muerte.

A continuación, se dirigió a la joven que lloraba y temblaba presa del pánico. Uno de los empleados del local se acercó corriendo, pero, cuando el hombre lo apuntó con el arma, se detuvo. Le quitó a la muchacha el vaso que todavía sujetaba en una mano y vertió el contenido sobre su cabeza, mojándole el pelo y la cara.

Masculló unas palabras en voz tan baja que nadie alcanzó a escucharlas.

Luego le disparó entre los ojos.

La tercera bala fue a parar a su propia sien.

Horas antes, por la mañana

MONFORT TENÍA LOS pies subidos a la mesa del despacho que le había sido adjudicado en la nueva comisaría provincial de la Policía Nacional de Castellón de la Plana. Era su primera jornada tras unos días de descanso. Todavía había operarios que daban los últimos retoques al edificio; un sinfín de martillazos y otros ruidos de difícil identificación que amenizaban de pena una mañana que pretendía ser lluviosa, pero que, a buen seguro, no lo sería. El agua caída del cielo era un bien escaso en la provincia, a pesar del habitual paso de compactas nubes que viajaban impulsadas por el viento. Incluso con la puerta cerrada, llegaba a sus oídos la insufrible melodía de los porrazos. Olía a nuevo. Le habían instalado un moderno ordenador con una pantalla enorme; alguien había tenido misericordia. A cierta edad, las cosas se ven mucho peor. Sin embargo, habría sacrificado parte del tamaño del monitor a cambio de unos altavoces decentes y no los ubicados a los laterales de la pantalla, que carecían de graves y dejaban escapar unos agudos insoportables para un oído cultivado como el suyo.

Fuera habían caído cuatro gotas. Una lluvia de verdad habría sido recibida con los brazos abiertos por la tierra seca sembrada de campos de naranjos que podía contemplar desde la cristalera. En el horizonte se perfilaban las altas chimeneas de la refinería y una pálida línea de mar. De las innumerables diferencias entre aquel lugar y la antigua comisaría de la ronda de la Magdalena, la que más le molestaba de momento era el calor asfixiante que hacía en el nuevo despacho. Claro que lo otro era un frío que calaba los huesos y entumecía cualquier parte del cuerpo que no estuviera cubierta.

Fumar iba a convertirse en un problema. Los dos chismes anclados al techo, con su intimidatoria luz roja parpadeante, eran una señal de advertencia en toda regla.

Observó también la amplia mesa, apenas ocupada por un teléfono fijo de diseño sofisticado, con un montón de teclas que tardaría meses en aprender para qué servían; el teclado del ordenador, tan delgado que ofrecía una imagen de fragilidad; una libreta de tamaño folio en la que había hecho cuatro garabatos en la primera página y una taza conmemorativa de la reciente inauguración con cuatro o cinco bolígrafos en su interior. La silla era cómoda. «Ergonómica», le había indicado Romerales, que habría aprendido la palabreja para soltársela a todo aquel que ocupara un despacho.

A su espalda, había una fotografía del rey y una bandera española que pendía de un mástil cromado de tamaño considerable. «De lo más relajante», pensó. Faltaba el crucifijo. Tal vez los martillazos de los operarios se debían a que estaban clavando cruces por todos los despachos. Podía marcharse de allí y cerrar la puerta con llave. Quizá, si encontraban la puerta cerrada, pasarían de largo cuando les tocara el turno de clavar a Cristo en su pared.

En uno de los laterales de la habitación había un sofá que parecía confortable. Tal vez fuera útil para echar una cabezada si antes bajaba la cortinilla de la puerta acristalada.

Había movido el ratón sobre la mesa para que el ordenador saliera de su reposo. La pantalla se había iluminado dejando a la vista el logotipo del Cuerpo. «Apasionante imagen.» Siempre se había movido de la gente que utilizaba fotos familiares o paisajes bucólicos como salvapantallas. Tal vez era el momento de cambiar de opinión.

Se respiraba un tufo a pegamento. Salía por el conducto de ventilación y se mezclaba con el aire demasiado caliente. No, las obras no habían terminado. Podría tomarse unos cuantos días más de asueto mientras todo aquello se ensamblaba de una puñetera vez y asimilaba que el tugurio que era antes la comisaría nunca volvería a abrir sus puertas.

Se puso de pie y dio varias vueltas por el espacioso despacho. Miró por la ventana. No quedaba ni rastro de la miserable lluvia caída. Las nubes, debilitadas ya, dejaban paso a los primeros rayos de luz

de la mañana. Sobre la mesa de cristal baja frente al sofá había varias revistas de la Policía y un ejemplar de *El Periódico Mediterráneo* del mes de enero, de cuando se inauguró el edificio. Se imaginó que alguien, orquestado por Romerales, los había repartido por todos los despachos y había ordenado que permanecieran como testigo del gran acontecimiento. Todavía recordaba el tremendo cabreo que se había pillado el jefe por que no hubiera acudido a «este evento histórico para la Policía Nacional y para la ciudadanía de Castellón en general», según sus propias palabras. Más que gritarle, lo que había hecho era enfurruñarse, como un niño al que su padre olvida recoger a la salida del colegio porque se ha quedado en el bar tomando cañas con los amigos.

Abrió el periódico por la primera página.

«Castellón ya tiene una comisaría del siglo XXI», rezaba el titular. Y, a continuación, leyó lo mismo que había hecho tiempo atrás en algún bar, donde el periódico tenía las páginas manchadas de aceite y cerveza.

El vicepresidente primero del Gobierno y ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, ha inaugurado esta mañana la nueva comisaría provincial de la Policía Nacional en Castellón de la Plana. Rubalcaba ha estado acompañado en la inauguración por la delegada del Gobierno en la Comunitat Valenciana, Ana Botella; el subdelegado en Castellón, Antonio Lorenzo; el alcalde de la ciudad, Alberto Fabra, y miembros de la corporación municipal, representantes políticos y mandos de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. El vicepresidente ha agradecido al alcalde de Castellón la cesión de los terrenos para la construcción de la comisaría y lo ha calificado de magnífico ejercicio de colaboración.

Él no había estado presente, claro que no. Se había excusado diciendo que debía estar junto a su padre.

— ¡¿Eso les has dicho?! — había protestado iracundo su progenitor cuando le preguntó qué demonios hacía allí en un día tan importante. Monfort había pensado que Romerales y él podían haber sido uña y carne.

Llamaron a la puerta del despacho. Monfort gritó «¡adelante!», y apareció al momento la cabeza de un joven agente.

—Disculpe, inspector. En la sala de descanso hay café, refrescos y algo para comer. Hoy es mi cumpleaños.

Cualquier cosa antes de quedarse allí encerrado con los pensamientos de su padre disertando en voz alta.

LA SALA ESTABA concurrida. También allí olía a pegamento. Buscó a Silvia Redó con la mirada, pero no estaba. Tampoco Romerales, para su satisfacción. Se acercó a los agentes Terreros y García, que bebían de sendas latas de refresco. Pusieron frente a él una bandeja con pedazos de empanada, o coca, como allí llamaban a aquello. Tomó una porción y le dio un bocado.

Sus compañeros le dijeron que el nuevo agente era de Sant Joan de Moró, una población a escasos veinte minutos de la capital, en el epicentro de la actividad cerámica de la provincia. La coca que había llevado habría arrancado las lágrimas del más avezado sibarita gastronómico. Entre las dos capas de masa dorada al horno pudo distinguir los sabores de las patatas cortadas en láminas finas, del huevo cocido, del ajo y del perejil picado y, finalmente, del ingrediente que le pareció la estrella de la propuesta: el bacalao.

—¡Pallarés! —exclamó el agente García para captar la atención del que celebraba su onomástica—. ¿Por qué la llamáis *coca de patata* cuando lo que manda aquí es el bacalao?

Monfort aceptó una segunda porción. Sus papilas gustativas brincaban de alegría por la profusión de la exquisita mezcla de sabores. Mientras masticaba, pensó en un buen vino, o en cualquier otra cosa que no fuera aquella lata de color rojo que sujetaba con la otra mano.

—Tiene razón —respondió el agente—. Pero es que no son todas iguales. Esta otra que hay aquí es de morcilla. Aunque patata llevan las dos, y por eso el nombre de *coca de patata* —aclaró guiñándoles un ojo.

LA JUEZA ELVIRA Figuerola lo estaba esperando en el nuevo aparcamiento, apoyada en un lateral del Volvo. Al verlo llegar, dio unos golpecitos con el dedo índice de la mano derecha sobre la esfera de su reloj de pulsera. «¿Tanto me he demorado desde su llamada?», se preguntó Monfort. Habían quedado para comer, no para ir de compras por el centro.

—Hueles a ajo —le espetó Elvira.

Él pensó que mejor oler a ajo que a quinoa.

—Y tú a Chanel número 5 —respondió, acelerando para incorporarse a la calzada.

MONFORT PASÓ EL resto de la tarde en su habitación del Hotel Mindoro. Para no tener que excusarse con Romerales por su ausencia, había ignorado las dos llamadas, y a su extenso mensaje había respondido con un simple: «Luego te llamo». Elvira tenía una reunión en los juzgados de Castellón. Monfort pensó que tras la botella y media de vino y las dos lubinas al horno que se habían metido entre pecho y espalda, lo que fuera que tuviera que discutir se le haría largo y soporífero. Pero la jueza estaba curtida en aquel tipo de envites, y por ello no había renunciado a un segundo chupito de licor de hierbas antes de salir del restaurante. Luego la había acompañado en el coche hasta los juzgados, donde se celebraba el concilio entre magistrados.

LA SUBINSPECTORA SILVIA Redó había destrozado a patadas una caja de cartón que contenía los recuerdos de su padre y de su hermano, ambos muertos a manos de ETA. Había pasado demasiado tiempo desde que ocurrió el fatal desenlace de la bomba trampa en la que los dos policías cayeron como unos ingenuos. Esparcidos por el suelo del pequeño salón de su piso frente al edificio de correos de Castellón, quedaban fotografías y algunos enseres de las víctimas, así como las condecoraciones, diplomas y el resto de mandanga con la que las instituciones enmascaraban la falta de empatía con los familiares de los muertos. Había accedido a asistir a demasiados actos

vestida como una idiota. Siempre con el rostro hinchado por las lágrimas, sujetando a una madre deshecha por el dolor, por cuyas venas corría todo tipo de drogas permitidas: psicofármacos, hipnóticos o sedantes. Una sarta de venenos que convertían la sangre en barro.

Dio una última patada dirigida a la cruz de plata engarzada en una cinta con los colores de la bandera de España y luego se dejó caer en el sofá.

Sonaba a todo volumen una canción de Beck, el cantante californiano al que se llegó a asociar con la Cienciología, el sistema de prácticas y creencias religiosas que predicaba que los humanos son seres espiritualmente inmortales que han olvidado su verdadera naturaleza.

Soy un perdedor.

I'm a loser, baby.

¿Por qué no me matas de una vez?

Sobre la mesa del comedor estaba su teléfono móvil. Lo miró enojada. No había sabido determinar si el cabreo era por los trágicos recuerdos familiares, por lo sucedido con el agresor del agente Robert Calleja o tal vez por aquel mensaje de Monfort, en el que le decía que se iba a comer con la jueza de las narices.

Dos meses antes

Jueves, 16 de diciembre de 2010

DESDE EL PUERTO Deportivo de La Línea de la Concepción, Monfort había llamado por teléfono a Óscar Calleja, quien sabía dónde se escondía Ángel, el agresor de su hermano Robert. Tenía accionado el sistema de manos libres.

Desde aquella distancia, la imponente mole caliza del peñón de Gibraltar causaba respeto. Con sus cuatrocientos veintiséis metros sobre el nivel del mar, se encontraba justo en el lugar donde se unen el Atlántico y el Mediterráneo. Era un punto estratégico de las rutas marítimas y una codiciada plaza militar. Aunque en realidad lo que más impresionaba era su pared casi vertical.

— Dicen que hay monos allí arriba — había comentado Silvia mientras sonaban los tonos de llamada.

— Y abajo también debe de haberlos — resolvió Monfort con ironía.

Óscar había contestado al otro lado de la línea, en esa ocasión de la telefónica.

— ¿Dónde está?

— En La Línea de la Concepción. ¿No quedamos así? Tampoco es que me dieras unas coordenadas tan exactas.

— No me joda, *pisha*. No se haga el sabihondo.

Monfort había guardado silencio. Más de ochocientos kilómetros, casi diez horas de viaje en el viejo Volvo. Infinidad de canciones escuchadas de todos los estilos; sí, del gusto de Silvia también, aquel pop empalagoso en ocasiones. Bocadillos en decadentes bares de carretera. ¿Por qué les parecía tan mal untar el pan con tomate y rociarlo con aceite de oliva? Lavabos faltos de limpieza y sueño

acumulado. Pese al esfuerzo que habían hecho por llegar hasta allí, podía interrumpir la llamada, dar la vuelta y que le dieran por el saco al hermano gallito de Robert.

En aquel momento empezó a sonar el móvil de Silvia, que no había tenido la precaución de ponerlo en silencio.

—¿Quién más está con usted?! —preguntó Óscar alarmado—. ¡Le pedí que viniera solo! ¡No ha cumplido su palabra! ¡Voy a colgar y terminaré solo la faena!

—Deja de comportarte como un gilipollas —atajó Monfort—. Es la subinspectora Silvia Redó.

—¡Le dije que ni una palabra!

—¿Cómo iba a mantenerla al margen? Lo más inteligente habría sido que hubieras contado con ella desde el principio; bastante se jugó el pellejo en los primeros días de la búsqueda. ¿O tampoco recuerdas el tiempo que pasó en Sanlúcar de Barrameda cuando tu hermano ingresó en la UCI?

Silvia no necesitaba que Monfort la defendiera, ni que pusiera en valor lo que había hecho por Robert en Cádiz. No era una imposibilitada, ni sorda, ni muda tampoco.

—No seas imbécil, Óscar —soltó ella de repente—, piensa en tus padres. Si la cagas, perderán ellos. Si metes la pata, pagarán las consecuencias de tus bravuconadas.

—¿Gilipollas? ¿Imbécil? Pero bueno, ¿qué *bastinazo* es este? ¿Quién sabe dónde se esconde ese *hijoputa*, ustedes o yo?